

LA VERDAD

DIARIO CATOLICO.

AÑO I.

PRECIOS DE SUSCRICION.—Santander: un mes, 1 peseta 75 céntimos; tres meses, 4'50.—En el resto de España: tres meses, 5 pesetas.—Extranjero: seis meses, 20 idem.—Antillas Españolas: seis idem, 25 idem.—Repúblicas hispano-americanas: un año, 50 idem.—PAGO ADELANTADO.

SANTANDER

Jueves 9 de Agosto de 1883.

PRECIOS DE ANUNCIOS.—Primera plana y gaceta, 0'25 céntimos de peseta línea.—Tercera plana, 12 idem de idem.—Cuarta plana, 6 idem de idem.—Comunicados, 0'25 idem de idem línea.—Papeletas de defunción, 5 pesetas.—Rebaja proporcionada al número de inserciones.

NÚM. 170.

Se suscribe en la Administracion, Santander, calle del Puente, número 16, y en las principales librerías del reino.

El pago de las suscripciones será adelantado, remitiendo su importe en libranza del Giro mútuo ó en sellos de comunicaciones por carta certificada dirigida al Administrador del periódico, D. J. Antonio Perez, calle del Puente, número 16.

Boletín religioso

Santo de hoy.—San Roman, mártir.

Fué San Roman natural de Roma, y de sangre ilustre, el cual siendo soldado del emperador Valeriano, y asistiendo al martirio del glorioso San Lorenzo, vió que al tiempo que le atormentaban en la catasta y descoyuntaban sus miembros, estaba el valeroso guerrero del Señor con grande alegría, y juntamente vió que un jóven hermosísimo estaba junto á San Lorenzo limpiándole con un lienzo el sudor que cubria su rostro. Moviése mucho San Roman con esta vision, y entendió que aquel jóven era ángel de Dios que venia á confortar á San Lorenzo. Manifestó Roman al Santo lo que veía, añadiendo que él queria ser cristiano. Mucho se alegró el bendito mártir mostrándole rostro amoroso, porque de palabra no le pudo responder. Quitaron despues de aquel tormento á San Lorenzo, y le entregaron á Hipolito (que en secreto era cristiano) para que le guardase, y mereció Roman ser bautizado por el glorioso levita, y despues recibir la corona del martirio, siendo degollado el dia 9 de Agosto, año de 258.

EL SEMICONCILIO COMPOSTELANO.

Con este título publica *El Imparcial* la siguiente carta de Santiago de Galicia:

«Sr. Director de *El Imparcial*.

«Querido director: Se perdieron en el espacio los últimos ecos de la multiplicada coherencia con que en Galicia se exornan todas las fiestas; se apagaron los últimos destellos de las luminarias; los forasteros se alejan en busca de otras fiestas que en esta época abundan grandemente en el país, y la ciudad recobra su habitual aspecto de tranquilidad y calma, tan gratas al cuerpo como al espíritu.

«Esta calma, sin embargo, no es completa. Enlazado con las pasadas fiestas del Apóstol hay un hecho al parecer secundario, pero en realidad trascendente, y cuya importancia no desconocen los que siguen con interés el curso de la division surgida entre los católicos españoles. Este hecho es la reunion de los Obispos de la provincia eclesiástica de Santiago, convocados por el Cardenal Arzobispo señor Payá y Rico, uno de los primeros que acudieron á la brecha

para batir á los llamados *católicos íntegros* y á *El Siglo Futuro* y uno de los más decididos patrocinadores de la *Union Católica*.

«De los cinco *enfraganeos* que dependen de la silla metropolitana de Santiago, acudieron los reverendos Obispos de Tuy y Orense y el Vicario capitular de Oviedo. Excusáronse á pesar del repetido llamamiento los reverendos Obispos de Lugo y Mondoñedo; el primero por razon de ancianidad.—pasa de ochenta años—el segundo por causa de salud.

«Guardóse desde los primeros momentos la reserva más grande respecto á esta reunion de los Prelados, y sólo se decia de público que su objeto no era otro que acordar una regla de conducta en vista de las circunstancias que atravesaba la Iglesia española y de las instrucciones contenidas en la Encíclica *Cum multa* y la reciente circular de la Nunciatura. Y esto es casi todo lo que hasta ahora puede decirse de la reunion de los señores Obispos, puesto que sus deliberaciones y sus acuerdos se han envuelto en el más impenetrable misterio, y hasta hoy, que abandonaron la ciudad todos ellos restituyéndose á sus respectivas diócesis, ni los capitulares, ni las personas de mayor confianza é intimidad de palacio sabian á ciencia cierta nada positivo limitándose á hacer conjeturas por el semblante de los Prelados al salir del salon donde discutian.

«En medio de esta general ignorancia hay, como siempre sucede, alguna que otra persona *iniciada* para quien el mayor secreto es ténue velo, y el valor más recóndito caja de cristal, á través de la que ve y oye cuanto pasa. Quiso mi buena suerte que tropezase con una de estas personas, y gracias á ella, referiré lo ocurrido en este semiconcilio, bien entendido que soy mero cronista, y que no recuso la rectificacion ó enmienda.

«Tres días deliberaron los Prelados. El Cardenal Payá, por su manera de ser y su carácter enérgico y decidido, parece que planteó la cuestion de la manera más franca y resuelta, y en un sentido opositor á los *íntegros*, y parece tambien que desde los primeros momentos, sin discrepar en lo fundamental, se manifestaron diversas tendencias en los Prelados, atenuadas por consideraciones de prudencia y á fin de no caer en lo mismo que se queria evitar.

«Así se comprende perfectamente que al pretender que se acordase una *adhesion incondicional á la Union Católica*, que quizás debiera ser suscrita despues por todo el clero de la diócesis, cortando por tal medio los vínculos de amistad y simpatía que éste pudiera tener con *El Siglo Futuro* y sus tendencias, adhesion de la que era además consecuencia inmediata la condenacion del movimiento *íntegro* y de sus fautores, cooperatorios y favorecedores, se discutiera largamente sobre su significado y oportunidad, creyendo los *sufragáneos* que aquel acto podia llegar á ser una infraccion de la Encíclica de Su Santidad y de la circular del Nuncio, pues que tendiendo ambas á separar la cuestion religiosa de la política, el adherirse á una de las partes beligerantes era descender al campo de la pelea en vez de permanecer en la serena atmósfera en que debe vivir la Religion, extraña por completo á las contiendas en que se ventilan intereses terrenos y mundanales.

«Firmes los congregados en la defensa de sus respectivas opiniones que la continuada discusion no hacia variar, convinieron en redactar una fórmula un tanto ambigua inspirada en la Encíclica *Cum multa* y circular de la nunciatura, fórmula que fuese una instruccion al clero y pueblo de la archidiócesis para regular su conducta, encargándose de redactarla los Prelados de Tuy y Orense. Esta fórmula se guarda con la más exquisita reserva, en tanto los reverendos Obispos de Lugo y Mondoñedo no la presten su conformidad para ser publicada suscrita por todos.

«Confíase en que estos Prelados la aprobarán por completo, pues que, segun persona que la ha leído, está redactada en forma la más templada y suave, sin herir susceptibilidad alguna. Mañana quizá pueda enviar una copia de este documento, que se publicará dentro de algunos dias en el *Boletín Oficial* del arzobispado.

«Y hé aquí todo el resultado del semiconcilio. La *Gaceta de Galicia*, periódico que se publica en esta, en un suelto que dedica á la reunion de los Prelados, dice «que no sabe nada; pero que hay quien asegura haber visto frórtase las manos á los de *El Siglo Futuro*»

«Prudente es, sin embargo, suspender to-

do juicio hasta conocer de un modo oficial la declaracion de los Prelados.

«Suyo afectísimo.—*El Corresponsal*.

«Santiago, 31 de Julio de 1883.»

Despues de compuesto el comunicado anterior, llega á nuestras manos el documento á que aquel hace referencia y que dice así:

«LOS PRELADOS

DE LA PROVINCIA ECLESIASTICA COMPOSTELANA AL CLERO Y FIELES CATOLICOS DE LA MISMA.

«Deseando cumplir fiel, cordial y rendidamente la voluntad de nuestro augusto Pontífice, felizmente reinante, significada en respetabilísimos documentos, de que los Obispos de la misma provincia de cuando en cuando confieran unos con los otros y con su metropolitano para tratar á una de las cosas que tocan á todos y ansiando con todas las veras de nuestros corazones secundar pronta y lealmente con obediencia ciega y espontánea, aun las más sencillas aspiraciones de Aquél á quien veneramos y acatamos como Vicario de Jesucristo en la tierra, aunque aquellas no revistan el carácter de preceptos formales; canónica y fraternalmente nos hemos reunido junto al cuerpo y venerado sepulcro del gran padre de la fé de España, el glorioso Apóstol Santiago de Zebedeo, con ocasion de celebrar su gran fiesta en el año actual, y despues de haberle pedido insistentemente la continuacion de su asistencia, é invocado con humildad la del Espíritu Santo, hemos conferenciado con la detencion debida sobre las importantes cuestiones que, segun los deseos de Su Santidad y lo que piden las necesidades de nuestras respectivas iglesias, conviene se traten en las presentes circunstancias, y unánimemente hemos adoptado las resoluciones que siguen:

«1.ª Reverenciamos y obedecemos sinceramente cuanto dispone nuestro sábio y venerando Pontífice en su admirable Encíclica *Cum multa* de 8 de Diciembre del año próximo pasado de 1882 é igualmente acatamos la circular del excelentísimo señor Nuncio en España de 30 de Abril último, y á la vez nos proponemos hacer cumplir el contenido de uno y otro respetable documento sin restricciones ni reservas de ningún género.

«2.ª Nos adherimos en un todo á los acuerdos, aprobaciones ó reprochaciones que nuestros venerables Hermanos de España han dictado en conformidad con los citados respetabilísimos documentos.

«3.ª En su consecuencia, prohibimos gravemente á todos nuestros diocesanos, cualquiera que sea el estado, posicion ó clase á que pertenezcan, interpretar, comentar ó explicar, ya en la prensa, ya en discursos ó de otra manera pública, la precitada Encíc-

de haber advertido su llegada: la tocó ligeramente llamándola por su nombre y entonces la buena hermana volvió en sí como quien se despierta por fuerza. Al volver la cabeza y ver á su Jaquelina, exclamó casi absorta con el alma á otra parte:

—Hija mía, la tempestad se arremolina, los relámpagos se cruzan, el trueno rimbomba, el rayo estalla, derriba, destroza, incendia, y aniquila á los escogidos de Dios en los verdes collados de Loreto para sublimarlos, como una llama celestial, á lo más alto de los cielos y ser coronados por la Inmaculada Virgen con la diadema inmortal de los Macabeos; Jaquelina, corre, vuela al monte de *Gargas*, póstrate y besa aquel suelo santificado por los pies de María, cuando apareció á los dos pastorcitos, ruégale por el amor que nos tiene, conjúrala por

— 252 —

durante el viaje encontraremos hermosas y populosas ciudades, llenas de comodidades donde podreis descansar cuanto tiempo os conviniere: la estacion de verano es la más á propósito para subir á los montes: eh, sí, mamá: satisfaced esta devocion: sor Gertrudis rogará por nosotras, y de seguro tendremos un viaje feliz.

La Duquesa admiraba la piedad de su hija, y tambien tenia la más alta confianza en María; por lo tanto le respondió:

—Bien, si tu padre lo consiente, partiremos pronto: mañana volverás á ver á sor Gertrudis, y ella te dará nuevas instrucciones.

El Duque, aunque de mala gana, concedió que su esposa é hija se ausentasen por espacio de un mes; y á últimos de Julio partieron en direccion al célebre santuario. Cuando la Duquesa

— 253 —

y Jaquelina llegaron á la llanura de *Baisses*, donde acaeció la prodigiosa aparicion de la virgen María, los peregrinos de todas las pendientes de aquellos montes bajaban en numerosas cuadrillas, y llegados á la llanura, se dirigian al templo para visitar á la Virgen. Pocos años antes, aquellos montes eran solitarios y desiertos: solo trepaba por ellos algun pastor que llevaba á pacer las vacas, las cabras y las ovejas: solo el eco repetia los silbidos de los boyeros y cabreros: solo interrumpia aquel silencio el canto de los gallos montaraces, de las perdices y de los francolines: apenas eran visitados por los cazadores de liebres, zorras y cabras monteses: ¡tan escabrosos eran aquellos montes que la mayor parte del año permanecian cubiertos de espesa nieve!

Más ahora (¿á qué no se atrevé la

— 256 —

la diestra del trono del Verbo divino, donde reinaba emperatriz del paraíso, servida y honrada por los coros de los serafines, Vos os dignasteis dejar la mansion celestial y bajar á estos montes, para anunciar á la Francia, y por ella al mundo, que la eterna Justicia está indignada de la infidelidad de tantos cristianos; y que si Vos por vuestro amor materno no hubieseis detenido el brazo de nuestro divino Hijo, ya hubiera descargado su fulminante ira sobre la tierra. Ea, madre amorosa, concededme la gracia de visitar los lugares que Vos pisasteis, y venerarlos con aquella fé que abre las rocas y triunfa sobre nuestro corazón.

Dicho esto adelantóse con la cabeza inclinada, las manos juntas en acto reverente y modesto hácia la piedra sobre la cual los dos pastorcillos vie-

— 249 —

Auto

